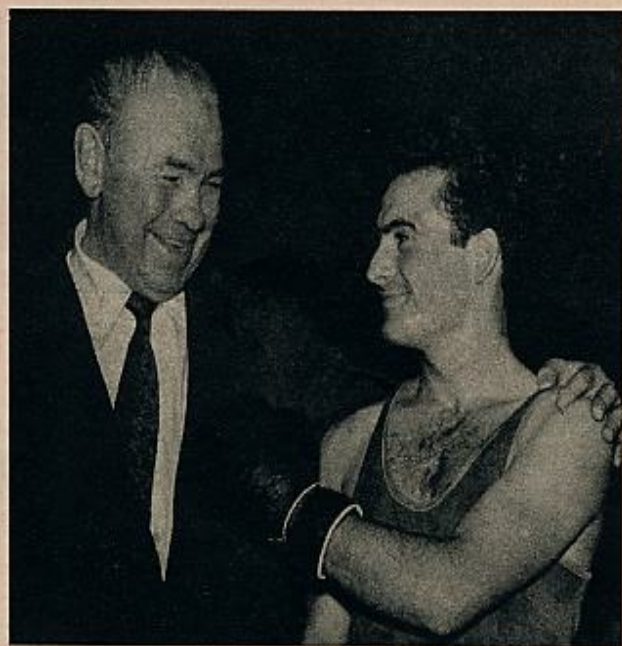


Ha perdido el combate. Si fuera veterano le restaría importancia a la derrota; pero aún perderá la partida muchas veces antes de acostumbrarse a aceptar serenamente el fracaso cuando le toque. La experiencia le enseñará a enfrentarse a los momentos peores con tranquilidad.

sólo uno entre mil será campeón

LAS veladas se organizan, o se pueden organizar, en cualquier época del año y casi en cualquier parte: la plaza de toros, el campo de fútbol de poca categoría, la sala de fiestas de barrio... Un local cualquiera que tenga una buena lámpara colgada del techo, para poner debajo el ring y las sillas de tijera alrededor.

Y los muchachos, los que se pegan. Ahora en Madrid se monta el ring, todos los miércoles, por la noche, en lo que se llama la sala de fiestas "Salamanca". También se celebran combates en otros lugares, pero los amateurs boxean ahora en el Salamanca, donde se acaba de celebrar el Trofeo Paulino Uzcudun.



Paulino Uzcudun existe diariamente, sentado en una localidad de primera fila, a los combates del Trofeo que lleva su nombre. El representa un ejemplo a seguir para muchos de los jóvenes que estrenan sus puños en este campeonato. Su biografía boxística constituye un modelo para el amateur que acaba de iniciarse en los secretos del ring. Para los muchachos, el veterano Uzcudun es casi una figura mítica que, en cierto modo, encarna sus sueños de gloria.

Un reportaje de
DANIEL SUEIRO
Fotos de MANZANO



Modelo: **TULIPE**

Sostén muy elegante de encaje y satén nylon. Permite los amplios escotes. Hombreras y espalda graduables.

TULIPE DOS NU.

Con tirante elástico especial para amplios escotes espalda.

Joyas de Paris para la mujer española

le soutien gorge

Valisère
de Paris



A H O R A E N E S P A Ñ A

sólo uno entre mil...



El dolor, la furia y tal vez el fracaso también, se expresan en el rostro del boxeador caído. El árbitro lo ayuda a levantarse.

POR CADA NUEVE MINUTOS DE PELEA, LOS BOXEADORES AFICIONADOS RECIBEN UNA DIETA DE CIENTO VEINTE PESETAS

En este viejo local de la calle Conde de Peñalver (antes Torrijos) se baila, más bien por lo barato, todos los días de la semana, entre humos y sudores; aquí se foguea la mocedad, aquí empiezan a arrimarse los maletillas del chulco y del sano esparcimiento, como suele decirse; aquí se toman las muchachas del barrio los primeros "gin-fizz" y las primeras media combinaciones.

Pero llega el miércoles y, por esta época, en la pista del Salamanca no bailan más que los que suben al ring. Bailan al son de la campana que señala el comienzo del asalto ("segundos fuera"), o, lo que es de mayor alivio, de la campanita que marca el final de los golpes. Bailan por parejas, ya se sabe, de dos en dos, parejas del mismo sexo, que desde luego no se quieren —ni falta que hace—, o al menos lo disimulan bien. En este baile, la música la pone el público, la afición, que paga y siempre pide más, como en el tango.

—¡Todavía no se ha visto la sangre!

—¡A la cabeza!

—¡Hala! ¡Acaba con él!

—¡Dale, que ya es tuyo!

El local se llena siempre, primero de gente, luego de humo, el humo de los cigarrillos que lo cubre todo y casi impide ver lo que pasa. La afición es bastante homogénea: hay alguna gente madura, caballeros que vienen con sus mujeres a ver el espectáculo, cargos de la Federación, algún viejo..., pero el noventa por ciento del público

está formado por estos dos tipos de personas: hombres que llevan en sus rostros, en el movimiento de los brazos, en los andares y hasta en la mirada las huellas o los hábitos de haber boxeado o haber querido boxear en su vida; y chicos, muchachos, jóvenes que en estos momentos están pensando si dedicarse al boxeo o seguir en el taller, algunos que ya se han decidido y ya se entrenan, otros que son amigos o familiares de los púgiles...

entradas de 10 a 25 pesetas y una dieta de 2 dólares por combate

Afuera, en la calle, el sargento de la policía armada ordena la cola formada delante de la taquilla del Salamanca. Hace un frío tremendo, y la mayor parte de los muchachos que esperan para adquirir su localidad van a cuerpo: chaquetas de cuero, gruesos y viejos jerseys, americanas baratas con manchas de cal y las solapas levantadas.

—De uno en uno... —ordena irritado el sargento—. Vamos... Hablo en castellano, ¿no?

Sus dos números se mueven por allí, ordenando la hilera.

De vez en cuando entran unas chicas sensacionales, siempre acompañadas por tipos un poco achulados, la verdad.

—De uno en uno. Los demás, los

echen fuera —les manda el sargento a sus números.

—¡Pero si ya catamos, jefe! —grita alegremente un muchacho.

En la taquilla del cine, mismo al lado, hay otro tipo de gente sacando sus localidades. Son matrimonios honestos, llenos de bufandas, que miran a los del boxeo por encima del hombro, y acaso con cierta aprensión. ¿Por qué? Esto es difícil saberlo.

Los precios del boxeo son bastante asequibles. La entrada más cara cuesta 25 pesetas, y por 25 pesetas se puede sentar uno en la primera fila de sillitas, al borde del ring, junto a Paulino Uzcudun, que va todas las noches y se sienta siempre en el mismo sitio, con la gabardina arrugada en el regazo y el cayado entre las rodillas. La entrada más barata vale dos duros solamente, una entrada de pie, en torno a las sillitas, la localidad habitual de esta juventud de la cazadora o la chaqueta vieja, que viene de trabajar y mañana tendrá que levantarse temprano; una juventud que tiene la cara más noble y la conversación más natural que se puede imaginar, de modo que a uno le apetece más estarse por aquí de pie, desde luego.

Cada noche combaten siete u ocho parejas de chicos. En este Trofeo, que ya se celebró otros años, empiezan participando unos cincuenta boxeadores, de los que sale un ganador. Lo que gana este ganador, por lo demás, no es más que honra, y acaso una copa o una medalla. No está mal, de

momento, pero, probablemente, lo que él querría sería empezar a ser figura y empezar a ganar dinero. Esto, sin embargo, tarda aún mucho en llegar, si llega; lo corriente es que no llegue nunca.

Los combates de amateurs están organizados por la correspondiente Federación. Se celebran constantemente en toda España, en la que tenemos ahora unos mil quinientos chicos preparándose para campeones. En Madrid, concretamente, habrá unos ciento cincuenta jóvenes boxeadores aficionados, y otros tantos tal vez en Barcelona. La recaudación obtenida por estos espectáculos va a parar a la Federación, que a su vez corre con los gastos de preparación de los boxeadores, instalación de gimnasios, etcétera. Por cada noche de combate, los chicos deben cobrar la cantidad establecida por la Federación Mundial, una dieta que suma dos dólares, ciento veinte pesetas... Ellos, por lo regular, ganan en sus trabajos profesionales habituales unas 300 pesetas a la semana, algo menos de diez duros por día.

los alevines se lanzan a pelear

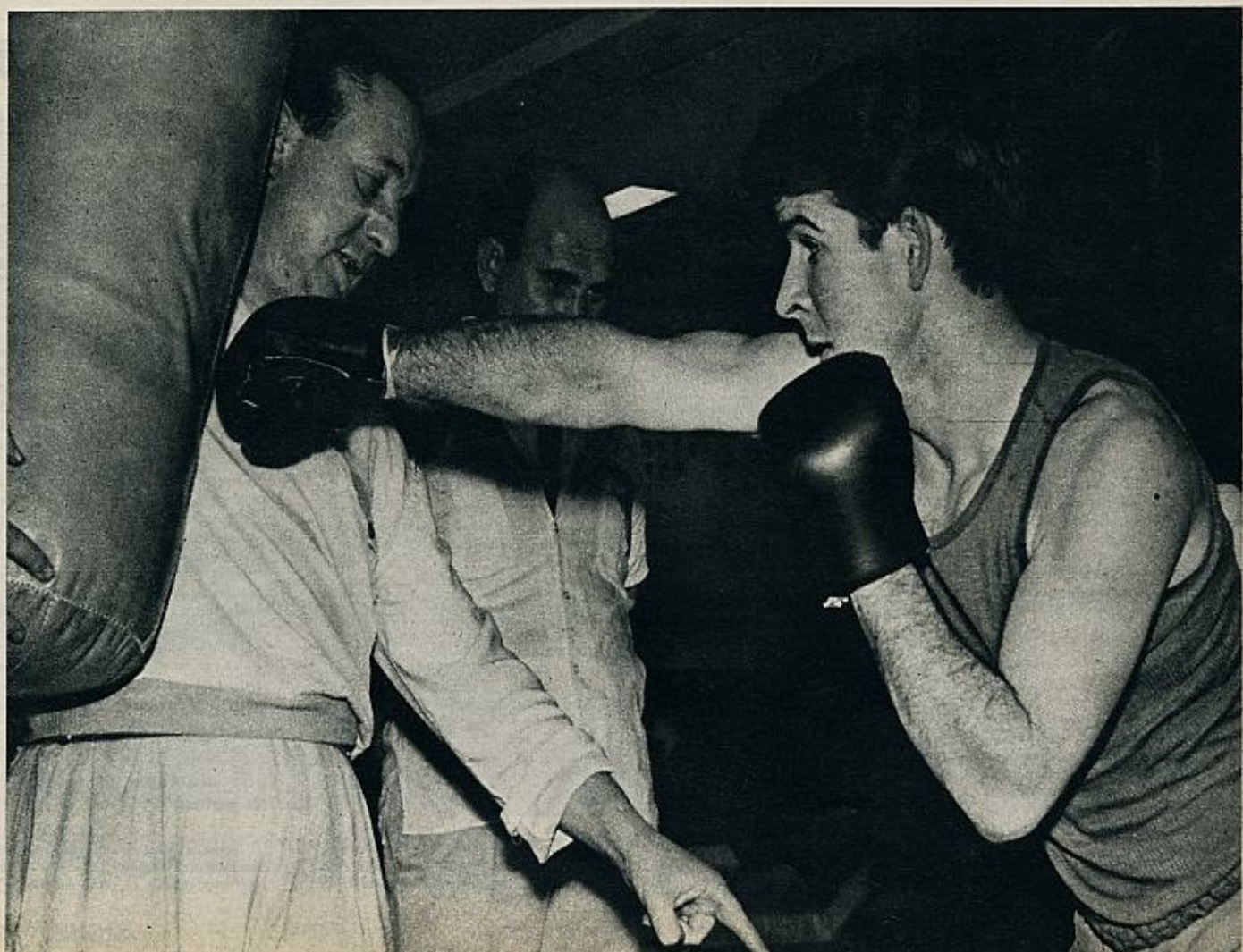
Suben al ring dos muchachos extremadamente jóvenes. Levantan el brazo, saludan con el puño en alto y se

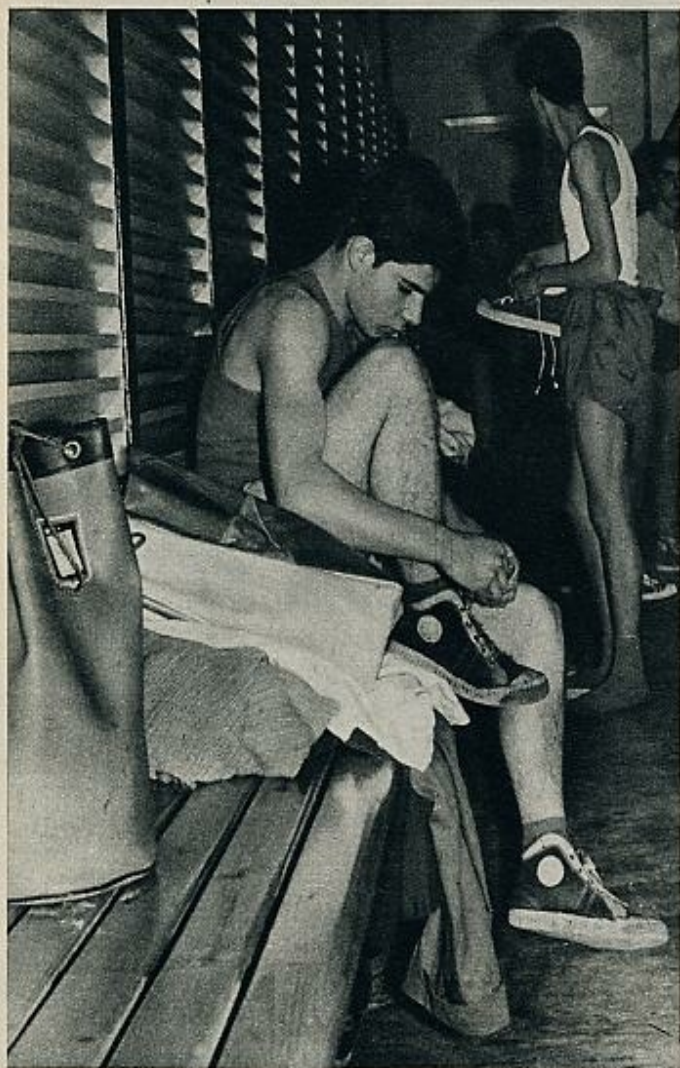
sólo uno entre mil...



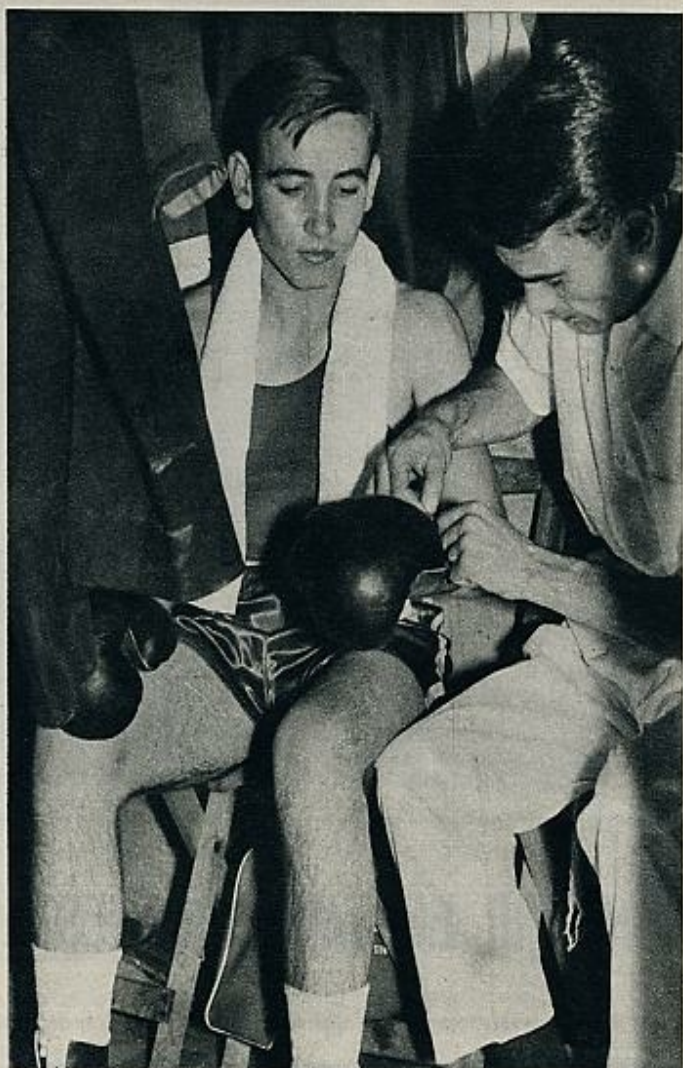
Son muchos los aficionados que se reúnen en un rincón tranquilo de las afueras de la ciudad, al aire libre, para practicar los necesarios ejercicios cotidianos.

El aprendizaje requiere paciencia y entrega absoluta además de muchas horas de gimnasia. He aquí a un amateur que trata de «hacer» puños golpeando el saco.





Una escena habitual en el Palacio de los Deportes, entre las siete y las diez de la noche: en los vestuarios, los muchachos se preparan para salir más tarde al ring.



Otro capítulo de rigor: el preparador calza los guantes a su pupilo, a la vez que le infunde confianza con sus indicaciones y consejos, que tan útiles le resultarán.

DESPUES DEL TRABAJO DIARIO Y MAL RETRIBUIDO, HORAS Y HORAS DE ENTRENAMIENTO CON LA ESPERANZA DE SER ALGUIEN ENTRE LAS DOCE CUERDAS

van a sus rincones. El locutor dice sus nombres, y surgen los aplausos de los amigos a un lado u otro de la sala. Deben tener los diecisiete años justos que la Federación exige para ponerse a boxear en público. Acaso no tengan ni esa edad; a veces las figuras, cuando ya lo pueden decir sin ningún peligro, nos descubren que debutaron a los quince años. "Estaba muy desarrollado y parecía tan hombre como ahora. Les engañé...", sonríen, sabiendo que, en realidad, la verdad no está en cuándo o cuándo se empieza, sino en cuándo y cómo se acabe.

Uno de los chicos lleva un batín sobre los hombros. Algún regalo. Casi ninguno de estos boxeadores tiene batín ni equipo propio. De momento, nada les cuesta dedicarse a este deporte, pero tampoco sacan nada de él.

Los preparadores, o los segundos, les calzan los guantes, los animan. Ellos parecen muy tranquilos; tienen los ojos bajos, no miran a nadie. Mueven las piernas, hacen flexiones, distienden los músculos. Etán delgados, incluso pálidos. Son unos niños aún. Todavía no tienen cara de boxeadores, pero se les pondrá, andando el tiempo. Lo saben y lo aceptan. Les gusta.

El preparador extiende la brillantina sobre el rostro de su "poulain", le da unos toques con la esponja húmeda por el pecho. Cuando el juez hace sonar la campana, le introduce al chico en la boca el protector, una masa de goma o plástico en torno a las encías que le hincha las mandíbulas, y le da la última palmada. Retiran la bandqueta, se hace el silencio.

Los dos púgiles se saludan en el centro del cuadrilátero, tropezando los guantes, que el árbitro parece sopesar ahora. Les amonesta, debe decirles que sean buenos chicos, o algo así; que se peguen, pero que se peguen con deportividad.

Y los dos muchachos empiezan a pegarse.

Los gritos del público también empiezan en seguida. A uno le dicen que no sea cobarde, que no escape; al otro le animan a que se cargue a su contrario en seguida. Al árbitro le dicen: "¡Albañil!", supongo que porque va vestido enteramente de blanco, pero entonces podrían llamarle "panadero" o "doctor" con iguales razones. Acaso no sea por lo del traje, sino por otras cosas. Cuando un puñetazo cae bien y el que lo recibe se tambalea,

incluso se arrodilla y parece que va a caerse hay un humorista que exclama:

—¡Hay amoniaco! ¡Amoniaco!— a lo que se contesta con riss.

Los hombres que tienen alguna ceja partida, la nariz aplastada, las orejas "de coliflor", etc.; los muchachos que empiezan a tener los pómulos hinchados y, en general, todos los que están sentados o de pie alrededor del ring, permanecen con los ojos ardentemente fijos en los puños de los dos muchachos que se buscan y golpean sin compasión, el rostro, el pecho, el estómago, el hígado..., donde sea, mientras el reglamento y el árbitro lo permitan.

Cada asalto dura tres minutos. Estamos en el primero, y son tres, con breves descansos de un minuto entre cada uno de ellos.

se firan a matar, pero aún se quieren como hermanos

Mientras los primeros boxean, los que van después entran en los vestuarios a vestirse —o a desnudarse—, y los que pelean al final permanecen de

puntillas tras las filas de los de a pie —estos boxeadores son casi todos bastante bajos—, mirando cómo va la cosa, contemplando el cuadrilátero aquél al que tendrán que subirse dentro de media hora.

Los vestuarios del Salamanca son una pequeña habitación con cuatro filas de bancos: dos pegadas a las paredes laterales y otras dos en medio. Filas de percheros numerados recorren las cuatro paredes. A la izquierda, nada más entrar, hay un pequeño rincón cuadrado para la ducha de los deportistas y otras necesidades ligeras, al descubierto.

Algunos de los muchachos, vestidos para salir al ring —todos los amateurs boxean con camiseta, nunca con el torso al aire—, permanecen sentados en el borde de un banco, con la mirada baja, enajimado, los brazos entre las piernas y una liviana toalla encima de los hombros. Le castañean los dientes; no por nada, es que hace frío. A otro le está vendando las manos su preparador, su entrenador, su segundo, su partner, su sparring o lo que sea, que le habla cariñosamente y de vez en cuando le dice algo que les hace reír a ambos.



Soberbio reparto internacional para «Hatari!»: Valentín de Vargas, Gerard Blain, John Wayne, Elsa Martinelli, Red Buttons, Michele Girardon y Hardy Kruger.

¡HATARI! EN TANGANICA ESTA PALABRA SIGNIFICA PELIGRO

PARA rodar «Hatari», el productor y director Howard Hawks desplazó a su equipo hasta el corazón de África, en Tanganika. Allí instaló sus cámaras y comenzaron los trabajos preparativos de la filmación. Hawks había llevado consigo un cuadro de actores de categoría internacional: encabezaba el reparto el gran John Wayne. Puede decirse que se trataba de un plantel de estrellas verdaderamente internacional: el francés Gerard Blain, la italiana Elsa Martinelli, el alemán Hardy Kruger y el americano Red Buttons. Excelentes actores de todos los países a las órdenes de uno de los mejores directores del cine americano y de todo el cine mundial: Howard Hawks, que cuenta en su haber películas como

«Los caballeros las prefieren rubias», «Tierra de faraones» o «Río Bravo».

Durante el rodaje de la gran superproducción Paramount en technicolor «Hatari», los actores han tenido que convivir con los animales salvajes que pululan en los bosques, selvas y matorrales de Tanganika. «Hatari» cuenta la esforzada vida de los cazadores de fieras salvajes. Es un film pródigo de emociones que le mantendrá atento en la butaca desde la primera a la última imagen.

«Hatari», producida y dirigida por Howard Hawks será presentada por Paramount en toda España.



John Wayne (Sean Mercer) encabeza el grupo de cazadores. Aquí lo vemos en el momento de dar caza a un rinoceronte; atrás, una lucha encarnizada.



En «Hatari», película producida y dirigida por Howard Hawks, pueden verse escenas llenas de primitivismo y fiera, como ésta de la caza del rinoceronte.

sólo uno entre mil...

Hay dos boxeadores que hacen pier-nas o guantes en ese reducido espacio, entre los bancos, las perchas y las demás personas, para desentumecerse o acaso practicar un movimiento o un golpe que acaban de aprender: un directo, un crochet, un gancho de izquierda, un jaz de derecha, el swing, el uno-dos..., cualquiera de esas cosas fundamentales que les enseñan en los gimnasios y que a ellos no se les debe olvidar. Los dos chicos que se entrenan ahora entre sí, sonriendo y hasta gastándose bromas, son los mismos que dentro de cinco minutos subirán al ring y procurarán partirse los huesos, o, por lo menos, la cara. Los boxeadores amateurs son todavía amigos, las más de las veces. Aún pueden permitirse estas debilidades, mientras las cosas no pasen a mayores y los intereses no se compliquen. He visto a dos de estos muchachos, después de zurrarse en el combate, repartirse un caramelo que ha comprado uno de ellos.

la bolsa del boxeador amateur y el sorteo de los combates

La Federación tiene sus oficinas en un piso antiguo y bastante frío. A lo largo de todo el pasillo hay una serie de retratos de campeones, firmados por Vadillo, colgados dentro de sus modestos marcos. La habitación del fondo está dividida en dos por un tabique de madera, y en ella se reúnen ahora los entrenadores, con las autoridades federativas. Se habla de un lado a otro del tabique a través de unas ventanillas abiertas en la madera.

—Necesito un pluma para el miércoles—dice uno de los preparadores.

—A ver, un pluma.
Nadie responde. Estos hombres, que se las saben todas, son muy prudentes. A veces disponen del hombre que se pide para pelear contra otro de una cuadrilla contraria, pero se callan porque piensan que su hombre no hará buen papel con el contrincante que se ofrece, para sacarlo cuando sale un combate con otro acaso menos peligroso.

—¿Nadie tiene un pluma?
—Yo tengo un ligero.
—No me vale, necesito un pluma.
—Un pluma para el sordomudo—interviene un federativo.
—Yo doy tres hombres: un peso ligero, un medianoligero y un peso medio, pero pluma no tengo.
—Pues yo necesito un pluma. No voy a echar a mi chaval a pelear con un medio.

En el terreno del boxeo amateur hay diez categorías de pesos: mosca, gallo, pluma, ligero, medianoligero, superligero, intermedio, medio, semipezado y pesado. (En el campo profesional sólo hay ocho categorías.)

De vez en cuando, uno de los hombres de la Federación —casi todos ellos han sido boxeadores, incluso campeones, echa mano a un cubilete de dados y saca por esta suerte los nombres de los contrincantes.

—Domingo Velasco, de la Ferroviaria, contra Antonio Sánchez, de Co-co, para el tercero del miércoles.

"conmigo se puede hablar, ¿no?"

En un momento de tregua puedo hablar con el presidente de la Federación castellana de boxeo. Se llama Juan Cristóbal. Fue campeón de España de los pesos moscas hace unos

diez años. Es un hombre más bien bajo, fornido, moreno, muy simpático y agradable. Por el concepto que uno tiene del rostro de un boxeador, este hombre no parece haberse pegado muchos golpes, y, sin embargo, tiene 270 combates encima del pecho, en los puños.

—¿Y qué sacó usted del boxeo? —le pregunto.

Me ha ofrecido un pitillo. Enciende una cerilla y le ofrezco la llama, pero él busca su mechero. "Si lo tenía aquí ahora mismo...", metiéndose las manos en todos los bolsillos. "Tome usted, ya está encendida la cerilla". "Pero si acabo de encender con el mechero..." La cerilla me quema los dedos y él no enciende. Al fin saca su mechero, un magnífico mechero de gas que muestra triunfante. "(Ve usted)" Es un mechero de gas estu-pendo.

—El boxeo a mí me dio cultura física, ante todo. Hizo de mí un deportista, me enseñó a cuidarme el cuerpo. Y al cuidarme el cuerpo, ya sabe usted, se cuida el alma también...

También el boxeo le dio buenos amigos y, de paso, la oportunidad de montar el pequeño negocio que ahora tiene y del que vive.

—¿Cuántos de los chicos que ahora se entrenan para boxeadores pueden llegar a ser figuras?

—Pocos... Es que no se cuidan lo suficiente. El boxeo es muy sacrificado. Los entrenamientos son muy duros, y hay que llevar una vida de ascetas... El boxeo no es sólo el arte de pegar, sino que no te peguen —se ríe.

—¿Suelen ocurrir accidentes de algún tipo más o menos graves, con estos chicos en el ring?

—No. La Federación tiene establecidos unos reconocimientos médicos a fondo cuando los muchachos van a sacar la licencia, así como antes y después de los combates. En cuanto a eso, no hay peligro.

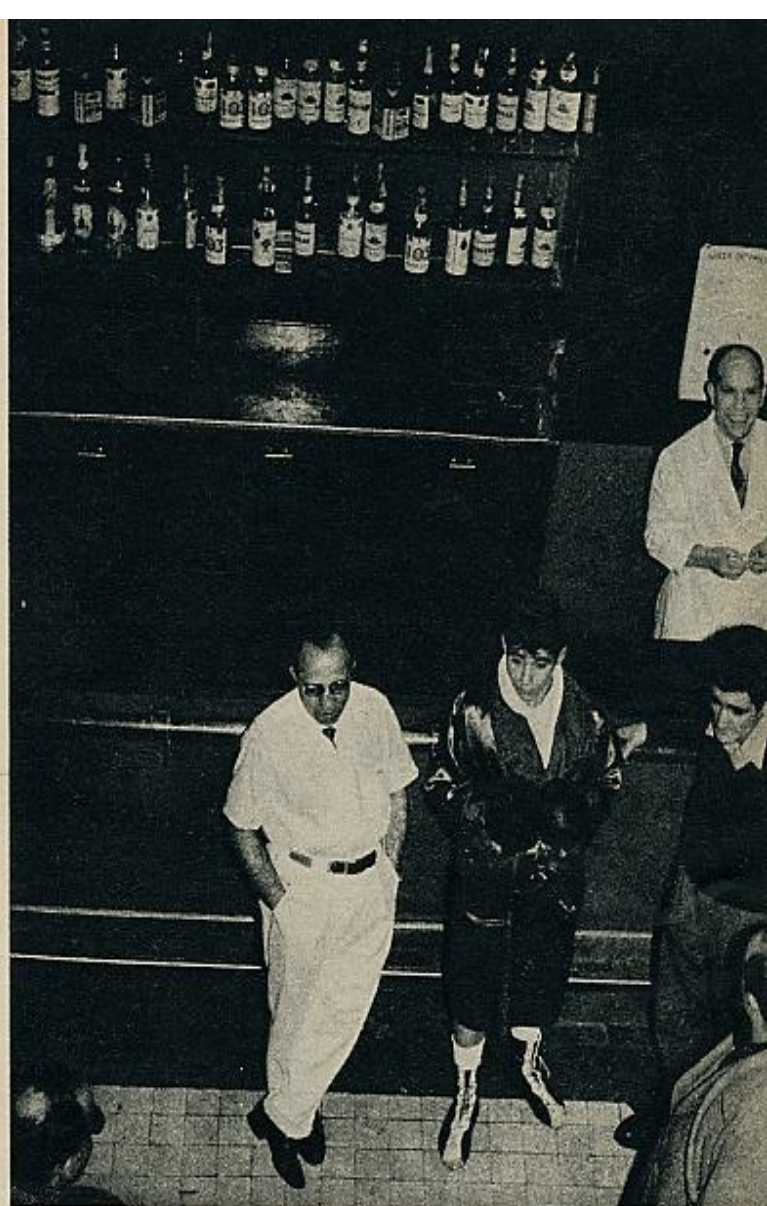
Le pregunto algo acerca de eso de estar "sonados" o andar "sonados" como campanas que se dice de algunos boxeadores, aludiendo al peligro de los golpes en el ring.

—De eso, nada. Mucha leyenda... Eso le puede pasar a cualquiera en cualquier otro deporte, es cuestión de salir preparado o salir dispuesto a que te maltraten. La gente, en general, tiene un concepto muy raro de lo que es el boxeo y de lo que es un boxeador... Conmigo se puede hablar, ¿no?

luis folledo visita a los muchachos y se entrena con ellos

La mayoría de los jóvenes boxeadores se entrenan hoy en el moderno gimnasio inaugurado en el Palacio de los Deportes. Se han cerrado muchas salas viejas e inhóspitas, antihigiénicas, en las que pasaron sus alegrías y sus penas las generaciones de boxeadores de la postguerra española. Se ha cerrado el gimnasio Juventud, por ejemplo, aquel que estaba en un piso de la calle de Fuencarral, que vistió Ignacio Aldecoa antes de escribir "Yo-ung Sánchez"; se ha cerrado también el del Hogar Vallecana, entre otros.

En el gimnasio del Palacio de los Deportes se entrenan chicos desde los doce hasta los treinta años. Unos empiezan, otros acaban. Se les ve hacer gimnasia, punching, espejo, pequeños combates dentro de alguno de los cuadriláteros. Todo es movimiento y sudor, respiración agitada y olor a embrocación. Cada entrenador cuida con especial cariño de los chicos de su cua-



Una foto elocuente. En la sala de fiestas Salamanca —donde se dan cita, los jueves y domingos, muchachos y muchachas de la barriada en busca del primer «ginfizza» o acaso el primer «flirt» a los compases de los ritmos de moda—, entre el griterío y el humo de cigarrillos, y con un fondo de botellas, un aficionado aguarda el emocionante, ansiado y esperado minuto de su ascensión al ring.



Reina entre todos una gran camaradería. Los «enemigos» de hace solamente dos minutos se abrazan cordialmente, con espíritu deportivo, tras el combate librado.



¿Le robaron el combate? He aquí uno de los problemas que de vez en cuando, como en todos los deportes, se plantean en el boxeo. La muchacha —su hermana— ha subido a abrazarle, llorosa. Ella también ha vivido intensamente la dramática situación. El locutor, como puede verse, hace lo posible para calmarlos.



El muchacho se ha portado bien en el cuadrilátero. Su padre —un antiguo boxeador, quizá dispuesto a convertir al hijo en gran campeón— le felicita.

dra, sus pupilos. Algunos andan desnudos de medio cuerpo; otros —los más—, vestidos de arriba abajo con diversas prendas, unas sobre otras, para ayudar; un chandall por abajo, encima un jersey viejo y un meya o un bañador descolorido y agujereado, luego la toalla... En algunos rincones de los cuadriláteros formados por las doce cuerdas hay cubos de agua y botellas, el embudo con su goma para escupir, los rollos de papel higiénico para limpiar la sangre, si es que se sangra. Algunos boxeadores ya hechos, tienen puesto el casco protector sobre la cabeza y parte de la cara y, al entrenarse, se pegan duramente.

—Boxea... no pegues —le dice el entrenador—. Boxea solamente... Esa izquierda. ¿Para qué tienes la izquierda? Levanta la izquierda... Así... ¡Cuidado!

Ellos se calientan y seguramente no pueden evitar lanzar el puño con todas sus fuerzas, en un momento dado, que obliga al sparring —o al compañero—, a sacudirse el asombro o el dolor de la cabeza con movimientos lentos y trabajosos.

—Ten cuidado... Te digo que señales los golpes solamente.

Y siguen, como si no oyeran.

De pronto se para todo el mundo y hay una gran expectación en el gimnasio, porque acaba de entrar Luis Folledo, que viene de París de ganarle a Vannunci. Folledo ríe constantemente y saluda a los muchachos, con unas palmadas, algún grito. Ellos lo contemplan llenos de admiración. ¿Qué dirán para sus adentros? Uno se lo imagina perfectamente. Si no pensarán que algún día serán como Folledo, por lo menos, no estarían aquí, a sus diecisiete o veinte años, después de salir del taller de trabajar las ocho horas; aquí como clavos todos los días desde las siete hasta las diez, dándole el saco o al punching, haciendo sombra delante del espejo, saltando a la cuerda, moviéndose siempre a golpes de puño adelante y atrás, sin parar... Y todo esto con el estómago no muy lleno, a lo mejor, algunas tardes, o bien con el deseo acuciante de dejarlo, aunque sólo sea por un día, para poder salir por fin con una muchacha, al cine, a bailar, a lo que sea... estar con ella tan dulcemente hablando o callados, con las manos juntas, las duras manos que han de ir deshaciéndose a golpes, y no son las manos lo peor de todo.

¿por qué boxean? ¿Y por qué no han de boxear?

Los nueve minutos de un combate pasan en seguida... para los espectadores. Para los que están en el ring deben durar bastante más. Pero también para ellos acaban, al fin. Hay uno que gana y otro que pierde, como en todo. Entonces estos se van, con los rostros enrojecidos o amoratados, y suben a la lona otros dos leones.

La gente grita, grita siempre. Como lo que la gente quiere es que los chicos se peguen duro, grita desesperadamente si se andan con delicadeza y gritan más, para animarlos, si la cosa va bien y alguno empieza a doblarse.

¿Por qué boxean estos muchachos? ¿Por qué boxean precisamente y no se dedican a otro deporte o hacen cualquier otra cosa? Y también: ¿Por qué no han de boxear?

En primer lugar, boxean por afición, esta palabra tan socorrida, no sólo en los deportes, sino en otras dedicaciones. Esto es natural. Si ellos no tuvieran una especial inclinación y unas aptitudes para pelearse, hay que pensar que no se pelearían ni se dedi-

carían a entrenarse para ser boxeadores. Pero, sobre todo, lo que yo creo es que boxean porque han entrevistado en el boxeo una manera de "salir adelante", de "ser algo en la vida", de vivir —no sé si esto puede resultar paradójico— decentemente. Los ejemplos de los campeones de boxeo que se ofrecen a su consideración o emulación no parecen indicar lo contrario.

Lo que se ve, es que en la práctica de otros deportes y otros espectáculos, hay gente procedente de los ambientes o capas sociales más diversos. Hay futbolistas que tienen, aparte, una carrera (o eso dicen, por lo menos); hay toreros pertenecientes a lo que se llaman "buenas familias"; hay incluso ciclistas que podrían "vivir bien" sin tanto pedaleo. En el boxeo, generalmente, no sólo los campeones, sino todos los que se quedan en el camino, están conformados como hombres de escasa instrucción y cultura y procedentes de niveles económicos casi angustiosos. Acaso ocurra que la visión de la lucha por la vida se presenta en la adolescencia de estos hombres dibujada con los trazos elementales del puñetazo y de la fuerza, del poder físico sobre todas las cosas.

en qué trabajan, lo que ganan, dónde viven, qué piensan

Hacemos una pequeña reunión ante la barra del bar del Salamanca, con los jóvenes boxeadores, que no beben ni veo que fumen. Algunos ya están vestidos, preparados para los combates de esta noche. Otros andan de paisanos, porque no pelean hoy. Son todos muchachos sencillos y sanos, que se ruborizan un poco cuando uno se dirige a ellos para preguntarles algo, y se ponen atentos como si estuvieran hablando con el jefe del taller.

Francisco Caballo, por ejemplo, tiene 20 años. Peso superligero. Ha peleado en 29 combates, ganando más de 20. Trabaja en un taller de pintura. Gana 575 pesetas semanales. Su familia vive en Badajoz, de donde acaba de llegar a Madrid. Aquí vive con una hermana, a la que naturalmente ayuda en el mantenimiento de la casa.

—Se va tirando—dice.

—¿Por qué boxea?

—Porque me gusta, y espero ser algo en el boxeo.

—¿Lo ves fácil?

—Veo fácil llegar a ser algo cuidándose bien.

—¿Y ganar dinero?

—Lo primero es ganar combates. El dinero ya vendrá.

Enrique Calcerrada es un superligero de 19 años. De todo el grupo, es el único que ha hecho el bachillerato elemental y trabaja en un Banco (el Guipuzcoano). De 16 peleas, 9 victorias (esta noche habrá de perder frente a Francisco Caballo, precisamente). Gana 1.500 pesetas al mes. Son ocho de familia y viven en el barrio de San Blas. Su padre trabaja, naturalmente.

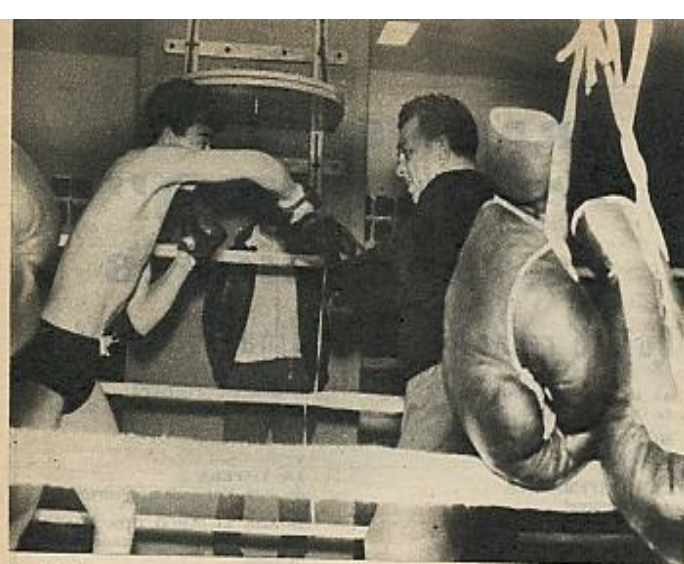
—¿Qué tal vivís?

—Normal.

Calcerrada tiene un gran deseo en demostrar que al boxeo no se llega en busca de dinero, sino únicamente por afición. Le molesta ese prejuicio que hay en la calle de que el boxeador incipiente no tiene un duro para gastarlo con quien sea.

—¿Qué compensación esperas encontrar en el boxeo?

—La compensación de nuestros sacrificios está en nosotros mismos, en encontrarnos físicamente bien, mejor que toda esa gente que anda por ahí aburriéndose y destrozándose la salud.



En el Palacio de Deportes, de Madrid, se entrenan todos los días decenas de aficionados. En España existen, según las estadísticas, 1.500 boxeadores amateurs

sólo uno entre mil...

(Viene de la página 42)

—¿Te queda tiempo libre para leer, por ejemplo, o distraerte de otra manera?

—Nuestros ratos libres no dan para ir a estudiar a academias nocturnas, desde luego, pero tampoco los empleamos como otros muchos chicos. Nuestro tiempo libre es para la tranquilidad, la quietud... ¿se da cuenta?

Julian Albarracín tiene diecinueve años. Peso mosca. Trabaja en una fábrica de gafas, donde le dan 325 pesetas a la semana, que entrega íntegras en su casa. Ocho horas de trabajo y dos de entrenamiento diarias. Lo que quiere es salir adelante.

—Y hasta ahora, ¿qué has sacado del boxeo?

—Aparte de golpes, nos van dando dos recillos, o así.

Baláomero Arrollo: Veintidós años, ligero, está cumpliendo el servicio militar. Vive con su familia, que espera su aportación económica en cuanto termine la «milis».

—¿Que a qué aspiro? Eso es una cosa... ¿A qué aspiro yo en el boxeo?

—Tú qué dices, Ramón? —se vuelve hacia su preparador, Ramón Nistal.

—A lo que tú quieras —le anima este—. Serías la figura que surgiría después de Folledo si te lo propusieras.

—Pues aspiro a eso, ya lo ha oído. Antonio Martí está un poco lesionado y anda con una mano enyesada. Veinte años, peso ligero. Seis combates ganados de los nueve celebrados. Tiene la cara más inocente y de buena persona que se puede imaginar.

—Pues me llaman «el Pegador»; así que fíjese.

Martí es calefactor, y en su casa trabaja todo el mundo, hasta un hermano pequeño, que también va para boxeador.

Antonio Ortíz tiene dieciocho años. Peso gallo. Quince combates, doce ganados. Trabaja en una bodega, gana 330 pesetas semanales, que entrega en su casa. La familia está formada por siete personas, y vive en Ventas.

—¿Les parece bien que boxees?

—No les parece mal. Mi hermano mayor me anima mucho. Es que él fue boxeador... A lo mejor piensa que yo voy a llegar a donde él no llegó.

—¿Adónde?

—Pues a campeón de España amateur, pongamos. No sé... pero pienso

—¿Piensas también que el boxeo puede arreglar tu vida?

—Sí, eso espero.

—Todos estos chicos saben leer y escribir, pero no mucho más. Se han visto puestos a trabajar desde muy jóvenes, a ayudar al mantenimiento de la casa desde que eran niños.

ALGUNOS PREPARADORES Y EL HIJO DEL CAMPEÓN DE 1934

Del cuadrilátero iluminado van bajando las parejas castigadas para su or parejas frescas. De vez en cuando se alzan los clamores del público. Algunas mujeres, ¡cómo chillan! ¡Es que no tienen hijos boxeadores!, me hizo notar uno de los púgiles.

Siempre atentos, al lado del ring si tienen algún muchacho peleando, junto a los vestuarios o entre sus pupilos en otros casos, andan de un lado para otro los preparadores. Casi todos ellos han sido boxeadores profesionales, que tuvieron su época de triunfos. Por ejemplo: Segundo Barrios, campeón de España en los «tiempos heroicos», los años 20 y 30; Antonio Ruiz, 21 «emperador de Vallecas», primer campeón de Europa que tuvo España; «Pampito» Rodríguez, un argentino que tiene ahora aquí su cuadra de alevines; Pedro Paris, ex campeón de España de los pesos gallos, cuyo pupilo, Antonio Lacosta Labrada acaba de ganar la segunda pelea de su vida.

Este muchacho, que tiene dieciocho años y trabaja como impresor, ganando 47 pesetas diarias, es sordomudo, y al parecer lo que acaso espere del boxeo, aparte de cierto bienestar económico, es que le pase lo mismo que a otro sordomudo que, hace unos meses, recobró parte de esas facultades perdidas a efectos de un puñetazo.

Esta noche ha venido acompañando a uno de los combatientes, Eugenio Gutiérrez Perceña, un hombre menudo y trabajado, que es su vivo retrato, y que en cuanto el chico salta vencedor del ring, se echa a sus brazos y lo abraza y lo besa emocionadamente. Es su padre, antiguo boxeador también —Marcellano Gutiérrez—, campeón de Castilla en el 34.

El padre tiene puestas todas las esperanzas en el hijo. El padre es vaquero de profesión y trabaja como albañil en la actualidad; gana 40 pesetas diarias. El hijo es mozo de mecánica y gana 300 pesetas a la semana.

—Yo fui pegador —comenta gozo-

SIGUE



Por F. García de la Vega

Edith Piaf
y Théo Sarapo,
«A quoi ça
sert l'amour?»
7 EPL 15.843.

A QUOI ÇA SERT L'AMOUR?

—¿De qué sirve el amor?

La pregunta la hace Théo Sarapo en los primeros compases de la canción. Y la hace de la misma forma que la hiciera un alumno adelantadillo a una respetable profesora...

Y ella le contesta con cariño: «El amor no debe explicarse... es algo así... que llega de repente...»

Mientras se trata de una teoría más o menos filosófica sobre el amor y su por qué, bien está.

Pero de repente la profesora añade: «Tú eres el último y eres también el primero. Antes que tú no había nada. Contigo estoy bien... eres tú a quien quería... tú, quien me hacías falta.»

Y eso ya no nos gusta.

No es ésta la Piaf, la gran Piaf, la mujer que ha hecho vibrar como ninguna otra el Olimpia de París. No. No es ella. Preferimos creer que se trata de otra cantante soñata, interpretando un tono difícil incorporable a cualquier tono zarzuela.

La Piaf, la que nosotros conocemos, la que de verdad admiramos, ha quedado fuera, al otro lado de la canción...

Creemos que esta concesión hacia un posible sector del público (un público que si acepta esto de verdad ni la entiende ni la admira), éste mostrarnos su vida sentimental al compás de tres por cuatro, sea solamente eso: una concesión.

Y esperamos que cuando el joven alumno haya comprendido «de qué sirve el amor», Edith Piaf vuelva con sus canciones, esas canciones que nos han emocionado, esas «Blouses blanches», «Les mots d'amour», «Salle d'attente», «Non, je ne regrette rien», «Hymne à l'amour»...

Algueró
y su gran
Orquesta.
Discos
Algueró.

PARA SUS AMIGOS

He aquí el cuarto disco de la serie que Augusto Algueró viene grabando periódicamente «para nosotros».

Es sin duda el joven Algueró uno de nuestros compositores más populares. Y además es un buen arreglador. Tanto a sus propias melodías como a las ajenas sabe infundirles un mayor atractivo cuando las estudia para gran orquesta.

Este nuevo disco nos presenta cuatro melodías y una de ellas, si no inédita, casi desconocida, pues corresponde a un film aún no estrenado.

La discutida «Nubes de colores» en nueva versión. Ignorábamos que la canción presentada al último Festival del Mediterráneo hubiera sido incorporada a la película de Eocio Darcac... ¡O lo estaba ya antes del Festival!

Es «Je t'aime je t'aime», la canción de Contr y Mansard, presentada también al Festival del Mediterráneo, la que posee dentro del disco que comentamos una versión más original y atractiva. Ello es natural. Aquí Algueró ha cogido un tema y lo ha tratado con entera libertad. En los otros casos, aun sin querer, ha seguido más la línea de lo ya hecho por él.

Nos gustaría poder escuchar con más frecuencia arreglos a Augusto Algueró para gran orquesta, tanto de melodías originales como de otros autores; a diferencia de la mayoría, Algueró sabe conservar el espíritu y ritmo de la versión original, sin convertirlas en sinisicas alibarradas, como ocurre a veces cuando la orquesta pasa de diez profesores.



ESTA SEMANA RECOMENDAMOS...

«Camblian Rose», una melodía que en la voz de Nat King Cole cobra auténtico relieve.

Adam Faith canta éxitos del Hi Parade. De ellos preferimos «Watch your step».

Tonio Areta y el nuevo ritmo: Bossa Nova. Escúchenle en «Desahogado».

«Les Chaussettes noires» y las canciones del film «Las Parisinas». Daldón y «El día más largo», tema musical de la película del mismo título.

Nella Colombo y cuatro canciones de Luis Araque.

«Bahía de Palma», la ya popular melodía de Solá, en nueva versión orquestal con Andy Russell.